

cuarto premio

Dibujo de Elvira Gazcón



. . . De esta misma manera movíase la nave torpe, manca de remos; hace velas, no obstante, y entra en el puerto con las velas llenas. Alegre, Eneas da a Sergesto el prometido galardón por la nave salvada y los compañeros recobrados. Se le da una esclava, no ignorante de las labores de Minerva: Fóloe de nombre, cretense de raza, con dos mellizos debajo de sus senos.

Acabado este certamen, el piadoso Eneas se encamina. . .

Virgilio — *Eneida*, Libro V. Traducción de L. Riber

¿Recuerdan el Libro Quinto de la *Eneida*? Eneas ha abandonado Cartago y ve de lejos las llamas en las que parece Dido, suicida, con la espada del héroe clavada en el pecho. El piadoso Eneas sigue su camino hacia las costas de Italia, pero la tempestad le obliga a detenerse en Sicilia. Esto coincide con el primer aniversario de la muerte de Anquises. Hijo devoto, Eneas organiza en su honor fiestas conmemorativas, que consisten particularmente en concursos atléticos y carreras. La primera competencia es una carrera naval. El valor de los remeros, la calidad de las naves, la rivalidad entre los concursantes, el color del mar, la noble lucha con las olas, los peligros salvados, la asistencia de las Nereidas, todo está descrito con épico aliento; y también los suntuosos premios que Eneas ofrece a los vencedores: “una clámide de tela de oro en cuyo derredor discurre una doble orla de púrpura melibea. . .”, es el primer premio; “una loriga de pulida malla, doblada tres veces, de cendrado oro. . .” constituye el segundo premio: “hace el tercer premio de dos iguales ollas de bronce y de dos cinceladas copas de plata, con altas figuras de relieve. . .”

La nave del infortunado Sergesto, que parecía el mejor navegante, se ha estrellado contra un escollo, se le han roto los remos, está a punto de naufragar. Sergesto logra, sin embargo, salvarla y, aunque maltrecha, conducirla a la orilla. Sergesto no merece, naturalmente, el primer premio, ni el segundo, ni el tercero; pero su esfuerzo y su pericia exigen alguna recompensa y, su mala suerte, un consuelo. Para eso existe un cuarto premio: la joven esclava, no inculta (“no ignorante de las labores de Minerva”), con sus dos mellizos bajo los senos. También para el gran Virgilio, valían mucho menos —ella y los niños— que la túnica bordada, la armadura de oro o los vasos cincelados.